

# LA HISTORIA SOÑADA

Silvia  
Ibáñez  
Cambra

Click  
EDICIONES

# Índice

Portada

Prólogo

Primera parte. Circos

Capítulo 1

Capítulo 2. Zaragoza y hambre

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Segunda parte. Circo de memoria

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Tercera parte. Circo de verdades

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## Prólogo

Hay que ver cómo cría polvo y entierra recuerdos la memoria, cubriéndolo todo con telas de araña para dejar atrapados allí los recuerdos que olvidamos o que queremos dejar olvidados.

Hace ya muchos años que aprendí que uno no puede escoger ser escritor, como me confió Eric, mi profesor: «No puedes levantarte un día y decidir que quieres ser novelista; así no funciona. Es la escritura la que te escoge a ti, y no al revés. Ese es el principio que todo el mundo ignora, especialmente los aspirantes a literatos mediocres, que no saben hilar una frase en condiciones».

En ese momento no comprendí sus palabras, pero con el tiempo comprobé que eran ciertas. Una historia desencadenada en tu mente por cualquier motivo comienza a apoderarse de ti, quitándote la concentración y el interés en el mundo real. Puede parecer que está incompleta, pero en realidad tampoco es así. Tiene principio y tiene fin, pero se muestra poco a poco, mientras vas pensando en ella, mientras absorbe tu tiempo, tu mente e incluso tu vida, hasta el punto de ser incapaz de pensar en otra cosa. Así es cómo se desarrollan las tramas, vidas y miserias de los personajes que deben quedar escritas en un puñado de hojas para que el resto del mundo pueda disfrutar de ellas. Si te las quedas para ti, te acaban consumiendo y no puedes hacer nada más que verlas una y otra vez repetidas en tu mente.

Pero si las sueltas, si las escribes sobre el papel para dejarlas crecer, vivir y que todos las lean y las vivan, te dejarán en paz. Así es cómo el escritor cumple su parte del trato.

Por desgracia para mí, fui incapaz de llevar a cabo la parte que me correspondía y me consume desde que descubrí aquella tragedia, aquella historia. Cada noche, cada día. Veo las caras de sus protagonistas por las esquinas y a veces tengo la sensación de que están escondidos en los rincones de mi casa, observándome. Esperándome.

Dicen que el fuego tiene algo hipnótico, como las olas del mar. No puedes dejar de mirar. Eso pasa también cuando un libro nos gusta de verdad. No nos deja escapar. Nunca. Aunque creamos que lo hacemos al acabarlo. Si una novela te atrapa de esa forma, algo se queda dentro de ti y te acompaña siempre, aunque no te des cuenta.

Hubo una vez un lugar donde los niños sin padres establecían sus propias leyes. Yo viví en ese lugar, aunque fuera por muy poco tiempo. Hacían las normas y yo robaba libros para leer por las noches alumbrado por una vela. Era uno más de los huérfanos sin padres que escondía comida en los bolsillos para poder sobrevivir. Hasta que me rescataron.

\* \* \*

«Roncesvalles.» Había escuchado hacía ya algún tiempo el apellido que encontré escrito al dorso de la carta. El apellido que perseguía a Justo, al que considero mi padre. Pero en lugar de encontrar algo en ella que pudiese aclarar ciertas cosas, las complicó todavía más con otra historia desconocida hasta el momento. Esa historia fue el motivo de la visita que llevó a Rosa, la esposa de Justo, a la tumba. La visita de la persona que apareció aquella noche gritando el nombre de Rosa, pidiéndole ayuda porque tenía algo

que contarle. Algo que la mató y que permaneció oculto durante años. «Roncesvalles me matará, no dejará que esto se sepa.» Esas fueron las palabras exactas que dijo la persona que había venido en busca de Rosa, justo antes de desaparecer tras la muerte de ella.

Recuerdo con perfecta claridad el momento en el que encontré la primera carta, fechada en diciembre de 1925. Diciembre. En ese mes, Rosa moriría, y, pocos días después, Selene, la destinataria de la carta, también. ¿Qué relación había entre ellas? ¿Nadie se había dado cuenta?

Me arrodillé en el suelo del sótano de Correos y comencé a ordenar las cartas, acumuladas durante años, que no habían sido entregadas. Me di cuenta del nombre al que iba dirigida aquella carta casi sin querer. Ya había pasado por mis manos, pero solo me había preocupado de ordenarla por el año. «Selene Roncesvalles.» La casa de los Roncesvalles era el lugar en el que había muerto Rosa tras la visita. En ese instante sentí como si se me detuviese el corazón. Las cartas eran confidenciales y no podían leerse por nadie salvo por su destinatario o remitente. Y esa estaba marcada, además, como que debía ser entregada en mano al destinatario directamente. Comprobé la fecha en el matasellos y vi que era de unos días antes de la muerte de Rosa. Tal vez allí hubiera alguna información importante que pudiese esclarecer algo. Sabía que robar la carta mi primer día de trabajo en Correos me convertía en un ladrón de tres al cuarto, pero mis pensamientos iban a parar a lo mismo, a poder descubrir algo de la muerte de Rosa, y así devolverle a Justo el favor de haberme rescatado del hambre y las ratas, dándole una explicación a la muerte de su mujer. Al tener esa carta en mis manos solo podía pensar en darle un poco de paz a Justo. Le di la vuelta y leí el remitente: Cristóbal Sanmartín. Sanmartín, repetí para mí. Cristóbal Sanmartín era el hijo de un empleado de la casa de



los Roncesvalles, acusado de la muerte de Rosa. ¿Por qué le escribiría Cristóbal a Selene? Decían que estaba loco, que era lento y deficiente mental. ¿Por qué no había sido entregada la carta? ¿Qué relación podía tener con la muerte de Rosa en la casa de los Roncesvalles? La sostuve un buen rato entre mis manos sin saber qué hacer. Alguien abrió la puerta y me llevé un buen susto. Dejé caer la carta en la caja de madera y vi que era Ramón, mi jefe, con su gorra en la cabeza. Aquella noche, estando en mi dormitorio, con las últimas brasas de leña quemándose a los pies de mi cama y tapado por un par de mantas, saqué de debajo del colchón la carta que había robado en un despiste de Ramón y, con cuidado de que no me encontrasen con ella en la mano, leí:

Selene:

Solo quiero decirte que no debes preocuparte por nada. Todo está organizado. El dinero que nos faltaba para nuestros planes lo ha conseguido Gabriel Sanjuán, nuestro amigo. No sé qué habría sido de nosotros dos sin él, sin su ayuda. Seguramente, nuestros planes de marcharnos juntos y alejarnos de todo este mundo que conocemos no habrían llegado a nada. Todo está listo para el día que señalamos, así que no debes preocuparte por nada, pronto estaremos juntos y lejos de aquí. Todo saldrá bien. Todo está arreglado y pronto ya no tendremos que escondernos del mundo entero y, sobre todo, ni de tu padre ni del mío. Y te olvidarás de tu boda forzada con la basura que es Pascual Campillo. Pronto nos veremos y seremos felices, como en los cuentos.

Cristóbal Sanmartín  
Diciembre de 1925

Releí la carta cien veces. ¿Cristóbal Sanmartín era el amante de Selene y nadie lo sabía? El loco asesino. ¿Un loco escribiría una carta así? Eso me llevó a pensar de nuevo

en la visita que había recibido Rosa. ¿Por qué había acabado muerta? ¿Qué le contó aquella visita para que acabaran matándola para guardar el secreto?

Pero aquella carta solo fue el principio de una historia tan retorcida como los intestinos, como pude comprobar con la segunda que encontré:

Selene:

Aún hoy no puedo comprender por qué me enviaste esa carta diciendo que todo lo que teníamos planeado no se iba a llevar a cabo. No puedo comprender los motivos que te llevaron a ello, ni tu drástico cambio de opinión. Si no fuera porque Gabriel me ha dicho que lo que me dijiste en tu carta era cierto, no podría creerlo. Sigo esperando poder entender las razones que te hicieron cambiar de opinión, y mucho me temo que nunca podré llegar a comprenderlo. Me retuerzo de desesperanza cuando pienso en ello, intentando encontrar una explicación, pero no se me ocurre ninguna. Gabriel me dice que es mejor que me acostumbre cuanto antes y que él tampoco entiende el motivo de este cambio tan grande y repentino a tan pocos días de marcharnos de esta ciudad oscura que nos consume. Pero si es tu decisión, la respetaré. Si algún día quieres explicarme qué motivos te han llevado a ello, cuéntaselo a Gabriel y me lo hará saber.

Te deseo suerte.

Cristóbal Sanmartín  
Diciembre de 1925

¿Qué ocurrió en apenas un puñado de días? ¿Qué relación tenía el firmante de las cartas con la muerte de Rosa? ¿Estaba loco realmente? Solo me surgían dudas. ¿Qué había de cierto y falso en todo ello? ¿Qué más se escondía tras aquellas palabras? ¿Qué se ocultaba de tal manera como para matar a alguien? Hubiera sido mejor no descubrir nada y dejarlo todo tranquilo, pero soy escritor y fui incapaz de hacerlo...

# Primera parte. Circos

# 1

23 de noviembre de 1940, París

Era ya de noche cuando salí de la escuela de francés. No me estaba resultando especialmente fácil aprender el idioma del país al que mi tío me había llevado a vivir después de la guerra civil española. Hacía exactamente un año, y, a pesar de que Eric era un gran profesor y buen amigo, el idioma galo se me resistía. Las calles estaban mojadas y yo me sentía ligeramente inquieto. El eco de mis zapatos era todo el sonido que me acompañaba cada noche de camino a casa. En momentos como ese recordaba mis años en Zaragoza, la ciudad de la que me rescató mi tío. Ni siquiera sabía que tenía un tío por parte de padre viviendo en París. Pero sí recuerdo que mi padre solía hablar de esta ciudad como si se tratase de una mujer a la que echara de menos. Me constaba que en sus años jóvenes había vivido en París en un internado, pero nunca me dijo que tuviera un hermano con el que había compartido habitación. Era mejor la vida que llevaba en París, a pesar de la invasión de los alemanes, pero cuando la ciudad se quedaba silenciosa, de noche, tras un día lluvioso y el silencio llenando todo en las calles, donde no se atrevían a maullar ni los gatos, echaba ligeramente de menos la vida nocturna de Zaragoza. Siempre había gentes por las calles, excepto cuando había toque de queda, o, si no, los niños que como yo nos guarecimos durante un tiempo en las casas abandonadas, soñan-

do encontrarse con algo mejor que llevarse a la boca al día siguiente. Mi tío se había hecho construir una monumental casa al lado del Palais Garnier, sede del Ballet de la Ópera de París. Era una especie de palacete demasiado grande para nosotros dos, mi primo, de catorce años (tres menos que yo), y la mujer con la que se pensaba casar en unos meses. En alguna ocasión, los turistas de la ciudad se habían adentrado en los jardines de la casa pensando que se trataba de algún museo. Los criados los echaban, pero llegó a tal punto que hubo que cerrar la puerta de la verja con llave.

La futura mujer de mi tío se llamaba Beatrix Duquense y era una viuda de cuarenta años, cinco menos que mi tío. Me había recibido con los brazos abiertos y en francés, idioma del que yo por entonces no tenía la menor idea. Beatrix tenía una hija de su matrimonio anterior, Odette, de dieciocho años. Con ella no me llevaba especialmente bien, al contrario que con mi primo, Luke. Luke era hijo de mi tío y de una mujer que, para mí y para mi primo, era desconocida. Apenas se había visto con esa mujer un par de semanas, según nos había contado. Después desapareció y ocho meses más tarde se presentó en casa de mi tío con un bebé entre los brazos, se lo entregó y se marchó.

La casa me seguía pareciendo enorme cada vez que la veía, y no terminaba de acostumbrarme a su inmenso tamaño y al gran jardín vallado que la rodeaba. Solía quedarme siempre durante unos segundos en la esquina de la calle, observando el palacete, y la comparaba con el Palais Garnier, donde acudíamos regularmente para ver las representaciones del *ballet* que tanto le gustaban a mi tío y tanto me aburrían a mí.

—El *ballet* está infravalorado —decía mi tío—. Todo el que tenga dos dedos de frente debería sentir admiración

ante esos pasos tan delicados y tan perfectos. Y el *ballet* que tenemos en París es el mejor del mundo.

Caminé hacia la verja de entrada y empujé la puerta con suavidad. Chirrió al abrirla y al cerrarla. Observé el cielo y vi que la luna se quería esconder bajo el tejado de la casa y que había luz en el interior. Más luz de la habitual.

Normalmente, a esas horas apenas se veía luz en una de las pequeñas ventanas de los sótanos donde estaban las cocinas, a las que se podía acceder por la parte trasera de la casa, bajando unas escaleras, y las del gran salón comedor principal, donde cenábamos todos en familia, practicando el francés que mi mente se resistía a almacenar y entender. Caminé por el sendero de piedras que me conducía hasta la puerta de casa. Al ir por la mitad de camino, *Rufus*, el perro de mi tío, que me constaba era uno de los habitantes de la casa que con más cariño me había acogido, salió a mi encuentro.

—Hola, bonito —dije mientras acariciaba el pelo corto marrón del enorme sabueso.

Salió corriendo hacia la entrada y yo fui tras él. Me aguardaba en la puerta con la lengua fuera, esperando que abriese. Giré el pomo y entró corriendo. Lo vi perderse escaleras arriba, en busca del refugio de sus cojines en el suelo de mi dormitorio.

Escuché un gran alboroto en el salón comedor; parecía haber una fiesta. Me acerqué lentamente y abrí. Al verme bajo el marco de la puerta, todos se volvieron hacia mí y gritaron.

—¡Sorpresa!

Había tanta gente conocida como otra que no había visto jamás. El primero en el que reparé fue mi tío, que se había enfundado un traje que le hacía parecer todavía más gordo de lo que ya era. Su bigote espeso y de unos cinco centímetros tampoco le ayudaba mucho, pero a Beatrix le

gustaba. También vi a su lado a mi profesor de francés, Eric Leyvi, con el que había estado en clase hasta hacía apenas media hora, y recordé que había salido con prisa. Un buen amigo de mi tío y mío, y tras el que andaba la hija de Beatrix, a pesar de estar casado. Era francés de padre y nacimiento, con madre inglesa de origen español por parte de abuelos, de ahí que supiera hablar español y francés, aunque nunca llegó a aprender inglés del todo.

Me acerqué a ellos sonriente.

—Espero que te guste tu fiesta.

—Tío, no tenías que haberte molestado.

—Pues claro que sí, hoy hace un año que viniste a vivir aquí. Qué menos que celebrarlo.

En ese momento, Nicolás, el bibliotecario y también gran amigo de mi tío, se nos acercó. Trabajaba en la Biblioteca Nacional de París por pura pasión a los libros, porque lo que le daba dinero eran los museos que había heredado de su familia y que gestionaba con exposiciones de grandes artistas ya muertos.

—Fíjate, si parece mentira que haya pasado ya un año desde que viniste aquí. Y te has adaptado bien, dadas las circunstancias.

—Me alegro de verte, Nicolás —respondí.

Siempre era agradable verle. Era una de las mejores personas que conocía.

—Y yo a ti. Hacía días que no te veía. Por cierto, Oliver se ha puesto enfermo en la biblioteca y no ha podido venir; ha dejado el baño perdido de vómito. Tal vez haya sido uno de los espíritus con los que intenta contactar. En fin, de todo tiene que haber en la viña del Señor —se lamentó.

Oliver era el único amigo que había hecho, además de Laure, en la ciudad, y resultó ser un caso aparte. Todo el día intentando contactar con el espíritu de su madre fallecida, lo que crispaba los nervios y la paciencia de su padre.